

**ALGUNOS ESCRITOS DEL DOCTOR SANTIAGO
MELÓN RUIZ DE GORDEJUELA, UN PSIQUIATRA
ASTURIANO**

Excelentísimo señor presidente de la Real
Academia del Principado de Asturias.

Ilustrísimos señores académicos.

Señoras y señores.

Me dispongo a hablar de algunos escritos del doctor Melón que, por el enunciado de sus títulos habrían de parecer de carácter literario y, por ello, dudosamente adecuados para su exposición en esta academia.

Sin embargo, he de advertir que, aunque dichos escritos constituyen juicios acerca de obras y personajes literarios, el estudio y reflexiones sobre ellos están basados en profundos conocimientos psiquiátricos.

Dicho de otro modo, sólo un psiquiatra versado en las doctrinas vigentes de aquellos años — las cuales, he de añadir sin dudarlo, no pueden considerarse superadas— podría haberlos desarro-

llado con acierto. Y por ello, por su misma naturaleza médica, debo entender que merecen una atención en este respetable ambiente.

Don Santiago Melón Ruiz de Gordejuela nació en Zaragoza el 9 de noviembre de 1903 y falleció en Oviedo el 9 de febrero de 1994. Ocho años menor que su hermano Armando, catedrático de la Universidad de Madrid y secretario de la Real Academia de la Historia. Licenciado en la Facultad de Medicina de Zaragoza, hizo en Francia su formación psiquiátrica. Se estableció en Oviedo, fijando su residencia en la calle Principado, en cuyo piso habilitó varias de sus habitaciones para consultorio, y donde ejerció hasta su fallecimiento.

Era un hombre no muy alto, ligeramente obeso, con una mirada risueña y expresiva; me llamaba en ocasiones para que le sustituyera en su consulta del ambulatorio de la Seguridad Social. Como compañero y amigo, le visité en sus últimos años.

Su conversación, además de instructiva, era siempre optimista y propensa a establecer lazos de verdadera amistad.

Me dedicó algunos de sus escritos, que he releído con creciente interés, y que son motivo de este trabajo.

El doctor Melón pertenece a esa encomiable nómina de médicos españoles que prestigiaron nuestra actividad, compatibilizando la clínica con las ciencias humanas. Me refiero a Achúcarro, Lafora, Cajal, Marañón, Sacristán, López Ibor, Sarró, Alberca, Mira López, Vallejo Nájera, Martín Santos, etcétera, de cuyas plumas han quedado páginas en las que la experiencia médica se ve enriquecida con un pensamiento filosófico y literario, una muestra magistral de una época en la que la psiquiatría ganó un puesto merecido entre el resto de las especialidades.

No es sorprendente que Melón orientara su destino, buscando su formación en Francia, la cual ejercía una gran influencia.

(A España le cabe el reconocimiento de ser la cuna de la psiquiatría, ya que fue en Valencia, en el año 1409, donde tuvo lugar la fundación del primer hospital psiquiátrico, tal como lo expresó Peter Basso, «Spain is the cradle of Psychiatry», (*American Journal of Psychiatry*, mayo de 1945), acontecimiento secundado por la fundación en Zaragoza del Hospital de Gracia, cuya organización asistencial fue elogiada por Pinel, con esta recomendación: «Buscad el ejemplo en el país vecino, no en Inglaterra ni en Alemania, sino en España».)

La cercanía y la pujanza que Francia cobró gracias a verdaderos maestros como Pinel, Esquirol, Falret y Baillarger, Morel, Charcot, Janet, Bernheim, constituyeron un valioso reclamo al que respondieron médicos de Europa y América, entre los que no podemos dejar de mencionar al mismo Freud.

La cultura literaria y filosófica que penetran la formación psiquiátrica del doctor Melón se hace presente de forma constante en sus escritos.

Pasados los años, tengo a bien poder dar testimonio del valor de algunos de ellos, entre los que quiero destacar:

- «Tipos psicológicos en la literatura de Palacio Valdés». Publicado en la *Revista de la Universidad Literaria de Oviedo*, en el año 1944.
- «Clarín y el Bovarismo». Publicado en 1952. En *Archivum. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo*.
- Un prólogo al libro *Melecina casera* de A. García Oliveros, publicado en 1953. Instituto de Estudios Asturianos.
- «Análisis de *La náusea* de J. P. Sartre». Publicado en 1955. en *Archivum. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo*.
- «Moratín por dentro». Publicado en 1964. *Cuadernos de la Catedra Feijóo*, instituida por el Ayuntamiento de Oviedo en la Universidad de Oviedo.

* * *

En el prólogo que dedica a *Melecina casera* de su amigo el doctor Antonio García Oliveros, don Santiago trata de dar una explicación a la ya tradicional vinculación de la medicina y literatura.

Para él, «el ejercicio de la medicina nos encadena de por vida, a presenciar los aspectos más ásperos de la existencia» y [...] por esto, el espíritu del médico, en las horas libres de tan atareado ejercicio, se refugia en actividades como las artes plásticas, la música y especialmente, la literatura».

Ciertamente que el médico, en su actividad de curar, ha de enfrentarse diariamente con sus limitaciones, fluctuando entre el triunfo y el fracaso, entre el dolor y el gozo por vivir. El que espera de él un milagro difícilmente le perdonará no ya el error, sino la realidad misma de las cosas. De aquí la necesidad de una permanente catarsis. Puesto que cuando las situaciones dramáticas internalizadas pueden extrayectarse creativamente, la personalidad consigue una mayor integración humana. Esto puede servir como explicación de por qué la medicina mantuvo siempre con la literatura y en general con

las ciencias del hombre un inquebrantable y feliz ayuntamiento.

Antón Chejov, un celebrado escritor que ejerció la medicina con vocación, lo resume de forma irrefutable con estas palabras: «El ejercicio de la medicina agrandó el campo de mis observaciones, enriqueciéndome con conocimientos, cuyo valor para mí, como escritor, solo puede comprender aquel que es también médico».

Es como si el ejercicio de la medicina, como confiesa Chejov, abriera la puerta de la literatura, porque, al fin, en el terreno de la literatura van a estar depositados gran parte de los dramas humanos que acompañan a la enfermedad.

Pero ahora hemos de formularnos una pregunta de índole antropológica. Es casi obligada: ¿qué mueve a un psiquiatra para trasladar sus conocimientos clínicos al estudio de unos personajes literarios? ¿Tiene todo esto algo que ver con la crítica literaria o con la literatura como expresión artística?

La respuesta, en este caso, nos viene dada con solo considerar en su conjunto los escritos del doctor Melón. Como fácilmente podemos observar, pese a los distintos títulos y autores, entre ellos existe un vínculo temático, y éste es el drama humano que constituye el adulterio, una situación de conflicto ante la que el psiquiatra se interesa movido a investigar los personajes y sus motivaciones bajo un prisma no literario, sino psicopatológico.

Y así, podemos entender que Melón se ocupara de forma selectiva de las obras de Palacio Valdés, Flaubert, Clarín, etcétera, pues en Palacio Valdés vamos a encontrar a Clara, la esposa de Tristán, y a Elena, la esposa de acaudalado Germán Reynoso; en Flaubert a Emma Bovary; en Clarín a Ana Ozores, la Regenta.

Lo afectivo es lo efectivo, nos propuso Bleuler. Pues bien, el amor y el desamor son a la postre pasiones humanas inherentes a la vida misma. Quizá por ello, Melón puso también especial atención en el desamor, en la «pasión inútil» de Ronquetín el protagonista de *La náusea* de Sartre y

en el egocentrismo desvitalizado que Moratín deja traslucir en sus confidencias epistolares.

En los «Tipos psicopatológicos en la literatura de Palacio Valdés», el doctor Melón comienza describiendo la existencia de dos tipos de novelas: la realista y la psicológica.

Aquella atendería a la narración de lo externo y la conducta visible por observación, y ésta, la psicológica, se ocuparía de la descripción de los sentimientos y emociones o los contenidos anímicos más o menos conscientes, lo que sería llevado a cabo por introspección.

Apoya esta teoría sirviéndose de dos ejemplos: *Madame Bovary* de Flaubert y *El discípulo* de Bourget.

Madame Bovary correspondería a la novela realista, en la que las situaciones ambientales y las reacciones de la protagonista quedarían a la interpretación del lector, y *El discípulo* sería la novela psicológica, es decir, la narración de las vicisitudes íntimas, en este caso las de un joven

introvertido, cuyo diario ofrece síntomas de una afectividad sustentada en el resentimiento, lo que podría corresponderse con lo que en psiquiatría se entiende como el «racionalismo mórbido».

Esta contraposición de estilo resulta un anticipo de la crisis por la que desde hace décadas transcurre la novela moderna.

Diríamos que los novelistas de postguerra dejaron de interesarse por el héroe y la fábula: Kafka, Virginia Woolf, Joyce, Beckett, recurren a la introspección, los recuerdos, las asociaciones mentales, que se asemejaría a lo que entiende Melón por novela psicológica, y que hoy se conoce como «corriente de conciencia».

En oposición a este narrar subjetivo, el *nouveau roman* (Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Michel Botor, etcétera) persiguieron un campo narrativo y real lo más objetivo posible, corriente literaria que estaría en la línea, aunque llevada a extremos, de lo que Melón incluye en la novela realista.

Pero la separación que hace Melón entre la narración realista y la psicológica no tiene como finalidad la crítica literaria per se, sino que apunta al estudio de los tipos psicológicos, y el hacerlo así ofrece indudables ventajas, en tanto que el texto permite alcanzar el conocimiento de la tipología del autor.

Con estas consideraciones de principio, Melón se adentra en las novelas de Palacio Valdés, ocupándose de forma prioritaria de *Tristán o el pesimismo*, poniendo de relieve la afinidad narrativa de Palacio Valdés con Flaubert en tanto que ambos se apoyan en la minuciosa descripción de la conducta.

Hay un tema recurrente en las novelas analizadas: la infidelidad de la mujer, el adulterio, un argumento con frecuencia utilizado a partir de 1884, quizá bajo la influencia de los escritores naturalistas franceses. Palacio Valdés, en *Testamento literario*, escribe: «... en las relaciones de familia, por regla general, [los novelistas] no ven otra cosa que el adulterio. De cien novelas contemporáneas se puede

afirmar que noventa se desenvuelven sobre este tema. Sin duda, por la constitución actual de la sociedad, es el adulterio la relación que engendra mayor número de episodios interesantes y pone en juego los más escondidos resortes del alma humana».

Madame Bovary, de Flaubert, va a constituir un referente, que deslumbrando a los críticos acaban por no discernir entre una posible influencia y el plagio.

Más allá de la moda literaria, Melón utiliza sus conocimientos literarios y psiquiátricos y, con especial agudeza, logra identificar las personalidades, los distintos motivos, las variadas situaciones que dan origen al adulterio.

La mujer vive una aventura extraconyugal y ha de enfrentarse a un rechazo social que provocará en ella sentimientos de culpa y autodestrucción.

En *Tristán o el pesimismo*, Clara, la mujer de Tristán, ante la conducta de éste, termina por fugarse y abandonarle.

Melón aborda la conflictividad matrimonial, no desde la infidelidad de la mujer, no desde lo que pudiéramos considerar el engaño, sino colocándose al lado de la mujer y haciendo comprensible el abandono como respuesta humana inevitable ante la conducta de un marido que hace inviable la convivencia.

Indagando en los comportamientos del grupo, Melón va descubriendo los entresijos mentales de cada uno, va disecando el conflicto hasta hacer patente la psicopatología de Tristán, un personaje en el que predominan la susceptibilidad, la desconfianza y los celos, hasta un grado que pudiera considerarse paranoico.

Como no podía ser de otro modo, este ejercicio exige un análisis minucioso del orgullo y de los celos, puntualizando las diferencias que existen entre ambos sentimientos, así como los límites cualitativos y cuantitativos que los diferencian respecto a las demás formas paranoicas.

«En la personalidad de Tristán —nos dice— se albergan cualidades afectivas que conducen a

reacciones tan dispares como la sobrestimación y el orgullo de una parte, la susceptibilidad, la desconfianza y los celos de la otra, y que pueden considerarse fruto de dos actitudes antagónicas frente al mundo exterior; la de la superioridad respecto al medio, la dominante de la que es plenamente consciente; y un sentimiento de inferioridad inconsciente dotado de exquisita sensibilidad reactiva y que da lugar a que florezcan esas reacciones de inseguridad y recelo en una personalidad altiva y orgullosa».

Apoyándose en el análisis estructural y constitucionalista de Birnbaum y Krestchmer, dilucida las personalidades en las que coexisten las dos tendencias afectivas opuestas: la de sobrestimación y la de inferioridad. En unas, como en el caso de Tristán, la tendencia consciente sería la dominante, manifestándose en la sobrevaloración, mientras que en lo inconsciente persistiría el sentimiento de inferioridad. Tal tipo de personalidad, siguiendo a Krestchmer, se correspondería con la forma expansiva, a diferencia de las personalidades sensitivas, en las que el

sentimiento de inferioridad dominaría lo consciente condicionando una actitud asténica y de retraimiento frente a la vida, y un núcleo inconsciente de amor propio exagerado, egocentrismo e hipersensibilidad morbosa.

Se enfrenta aquí Melón a la intrincada cuestión de la constitución y el carácter, muy influido por Kretschmer, cuyos estudios estuvieron dirigidos a una sistematización de la relación del tipo de personalidad con la enfermedad, en forma tal que, según él, determinados tipos de personalidad corresponderían a determinados tipos de enfermedad, aventurando incluso la influencia sobre el curso evolutivo de la misma, sugiriendo un criterio pronóstico.

En la misma novela de *Tristán*, Palacio Valdés narra el adulterio de Elena, la mujer del indiano acaudalado Germán Reynoso; aunque en este caso se dan otras circunstancias que Melón analiza diferenciando los mecanismos psicológicos y los factores sociales subyacentes, viendo en el caso de Elena un adulterio por esnobismo, un claro

paralelismo con el que Flaubert describe en *Madame Bovary*, diferente del de Clara, la mujer de Tristán.

Dedica también atención a la novela *El origen del pensamiento* por los personajes don Pantaleón Sánchez, hombre elemental e ingenuo, y Adolfo Moreno, un erudito a la violeta que, con petulante resentimiento, no hace sino llenar de abstrusas y pintorescas teorías la cabeza de don Pantaleón, el cual muestra un pasmo indescriptible ante tanta sabiduría.

Llevado de un afán desmedido, don Pantaleón emprende la adquisición de toda clase de conocimientos científicos: Biología, Química, Física, Geología, etcétera, hasta llegar al convencimiento de ser dueño de universal cultura.

Melón no duda en diagnosticar tal estado como locura inducida, lo que, en 1877, Laségue y Falret describieron como *folie á deux*, una forma de contagio delirante entre dos personas, más frecuente entre mujeres, que viven una existencia en común, una más inteligente que impone sus descabelladas ideas a la otra.

Como en otros personajes, sus opiniones, y reflexiones vienen apoyadas en las teorías de prestigiosos autores, de cuyas obras da constante noticia, ya que solamente poseyendo un tan amplio conocimiento de las bases de la psicopatología es posible arriesgarse, como él lo hace, a trasladarlas a los personajes literarios.

En la clínica, entre nosotros, han dedicado especial atención a esta forma de patología delirante Alonso Fernández (*Reacción paranoide inducida*), Francisco Díez Manrique, y Guillermo Rendueles Olmedo.

* * *

En «Clarín y el bovarismo», publicado en 1952 en *Archivum. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo*, analiza cómo la aparición de *La Regenta* suscitó, aparte de merecidos elogios, críticas de muy diversa índole.

Tanto Bonafoux, que publicó una réplica con el título «Yo y el plagiarío Clarín» (1884), como la condesa de Pardo Bazán, con distintas maneras, pretenden presentar a don Leopoldo como un

imitador de Flaubert: «hemos tenido en España testimonios , y no ha faltado quien, como Leopoldo Alas, ha hecho con talento su *Madame Bovary* envuelta en el estudio irónico de un ambiente provinciano».

Santiago Melón, estudioso de *Madame Bovary* y conocedor de *La Regenta*, sale al paso de tales aseveraciones, no con un escrito de compromiso, sino valiéndose del análisis psicopatológico de los protagonistas, y haciendo una exposición minuciosa de la personalidad de ambas protagonistas.

Como en el caso de *Tristán y el pesimismo*, no va a ocuparse del adulterio entrando en valoraciones morales, sino ateniéndose a un análisis de la personalidad de los personajes y a la conflictividad que genera este tipo de fenómeno social.

Contrapone la personalidad de madame Bovary y la de Ana Ozores. En cuanto a la personalidad de madame Bovary, elude criterios simplistas como los habitualmente utilizados a finales del XIX, los cuales se resumían en tildar a la protagonista «como una vulgar adúltera». Se adentra

en la biografía de Flaubert y rastrea aquellos acontecimientos que pudieron haber dado origen a dicha novela, pues, en su criterio, existían datos suficientes para deducir que la protagonista pudiera ser un retrato literario de un personaje real. Emma Bovary, sin circunstancias importantes en su vida, va engendrando todas las desventuras que culminan en el suicidio.

Viviendo una vida común, queda deslumbrada tras la asistencia a un baile aristocrático y despierta en ella el afán de lujo y relaciones amorosas alimentadas por su imaginación.

Estas circunstancias y los mecanismos psicológicos de los adulterios de Emma Bovary para Melón resultan paralelos a los de Elena Reynoso, la esposa del indiano acaudalado de la novela de *Tristán o el pesimismo*, de Palacio Valdés, la cual, al igual que Emma Bovary, sucumbe empujada por irrefrenable deseo del encumbramiento social, por encima incluso de la opulencia, lo que la lleva a los brazos de un pintor libertino. Un adulterio, que, en

definitiva, responde a lo que suele entenderse por esnobismo.

En ambos casos, para Melón, lo anormal comienza en el momento en que la concepción ficticia va seguida de actos en consonancia con la creación imaginativa, originando un estilo de vida diferente al que le sería verdaderamente adecuado.

Empeñado en llevar a cabo una evaluación contrastada de Emma Bovary y de Ana Ozores, Melón recurre a las bases conceptuales de la medicina psicosomática. El término *medicina psicosomática* tomó carta de naturaleza a partir de la cuarta década del siglo pasado, procedente de América del Norte, impulsados por William Osler, Alexander y Stanley. Van a ser dos internistas, Ludo von Krehl y Victor von Weizsaeker, influidos por el psicoanálisis, los que van a extender esta corriente de pensamiento por Europa, poniendo de relieve la influencia de la personalidad del enfermo en la enfermedad, o, en otras palabras, en la psicogénesis de los síntomas corporales de la enfermedad.

Descarta el término *paranoide*, propuesto por el psiquiatra francés Genil-Perrin para Emma Bovary, pues, insiste Melón: «No vemos por tanto motivo para deducir una sobrestimación del yo», sino todo lo contrario: una infravaloración del yo, acompañada de una reacción psicógena compensadora, imaginación de tipo infantil mecanismos hipobúlicos a su servicio y, mitoplastia.

Madame Bovary desde su niñez goza de un ambiente favorable al desarrollo de su personalidad. La insatisfacción, a pesar de una vida dentro de lo normal, hace que desde su asistencia a un baile aristocrático se forje una personalidad fantástica, iniciando un estilo de vida extraviado en el que labra su propio infortunio: busca sus amantes, no es acuciada para ello por insatisfacción sexual, ni tampoco la incita un erotismo morboso, sus amantes vulgares no hacen sino dejarse querer. Madame Bovary llega al suicidio tras un cúmulo de desventuras.

Lo peculiar de la personalidad bovárica es ajustar su conducta a un ente de ficción creado

imaginariamente y que reemplaza a la realidad psicossomática.

Esta constitución psicopatológica que Melón atribuye a Emma Bovary, no soporta la realidad, y en la medida que ésta termina por imponerse hace que se desvanezca la imagen forjada por sí misma de ella y del entorno; por ello, incapaz de asumir la situación expía sus errores envenenándose con arsénio.

El caso de Ana Ozores, la protagonista de *La Regenta*, es diferente: huérfana de madre en temprana edad, queda al cargo de doña Camila, una mujer que vive entre el puritanismo y la pasión mediterránea, tendente a interpretar maliciosamente cualquier suceso, por ingenuo que fuera. Y así, vemos que en la novela de Clarín, un acontecimiento inocente de Ana Ozores niña con un amiguito en una barca se interpreta como algo pecaminoso, lo que después va a quedar soterrado en el ánimo de la Regenta.

Tras una estancia en Madrid, vuelve con su padre a Loreto. Poco después, a la muerte de éste, se

asienta en Vetusta al cuidado de dos tías beatas, viviendo dentro de un ambiente de religiosidad y mojigatería, lo que favorece la aparición de extraños ataques con éxtasis y desvanecimientos.

Intentan sus tías acomodarla en matrimonio con un indiano acaudalado, que Ana rechaza exclamando «¡antes el convento!». Pero las tías insisten en sus propósitos, ayudadas por el confesor, hasta que consiguen darla en matrimonio a don Víctor Quintanar, un magistrado cercano a la jubilación, para el que sólo existen en realidad dos pasiones: la caza y el teatro.

La salud de Ana Ozores se resiente, sin que afecte a su belleza, haciéndose ostensible una conducta melancólica e irritable, con reacciones exageradas, crisis de angustia y alteraciones vasomotoras. Acosada entre la complacencia y el rechazo defensivo por Álvaro Mesía, busca refugio espiritual en Fermín de Pas, el Magistral, al que llega a considerar «el hermano del alma», hasta que culmina en el desenlace cuando se le hace consciente

de que tras la apariencia místico-religiosa del Magistral, se agitan los celos, y la concupiscencia.

Hasta aquí el argumento. Pero desde el punto de vista patográfico, Ana Ozores ha de enfrentarse en la infancia con un medio hostil, soportar la espinosa convivencia con doña Camila, la protección agria de sus parientes y la debilidad psíquica y orgánica de su esposo, don Victor, acarrea las consecuencias de un matrimonio fracasado, lucha contra su instinto y busca la manera de sublimarlo; por motivos extraños a su personalidad, fracasa en el intento, experimentando el ser seducida por alguien que explota hábilmente su debilidad biológica.

Leyendo con detenimiento ambas novelas, se pueden apreciar las claras diferencias entre Emma Bovary y la Regenta, por lo que no son admisibles las observaciones que, en su día, se permitieron Bonafoux y la condesa de Pardo Bazan.

Así como Flaubert, para evitar las expansiones líricas de su espíritu, buscó una trama argumental basada en hechos reales, bien podría decirse que *Madame Bobary* fue una copia del

natural; sin embargo, tanto la Regenta como los demás personajes son fruto de la intuición psicológica de Clarín. El drama espiritual de la protagonista lo desarrolla con tal precisión que los vaivenes de su conducta no producen al lector sentimiento de sorpresa; pudiéramos decir que están psicológicamente determinados.

Clarín, como otros grandes novelistas, se anticipó al pensamiento psicológico científico y manejó sus personajes pulsando certeramente los complejos resortes psicológicos, cuya actuación ha empezado a vislumbrarse después, con las teorías psicodinámicas. Melón atribuye a Clarín una capacidad de observación y de intuitiva introspección para la descripción de sus personajes, no menor desde luego que la de un Zola o un Dostoievsky, exploradores del alma humana.

En «Análisis de *La náusea* de J. P. Sartre», publicado en 1955 en *Archivum. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo*, el bagaje cultural y psiquiátrico de don

Santiago Melón se hace patente en sus amplios conocimientos acerca de la narrativa de su época.

El hecho de que dedicara un trabajo a *La náusea* de Sartre, nos lleva a suponer que el tema y el contenido de dicha novela ofrecería aspectos que para un psiquiatra no podrían pasar desapercibidos.

Sartre fue un personaje muy celebrado por la juventud de la segunda mitad del siglo pasado. Aunque su inicial dedicación fue la filosofía, bajo la influencia de Husserl y de Heidegger, no tardó en volcar sus esfuerzos hacia la literatura, especialmente la novela y el teatro. Él mismo nos lo confiesa con estas palabras: lo que pretende es «escribir una novela sobre la época de Heidegger, que es lo que yo quiero hacer».

La náusea tuvo dos o tres redacciones. Sartre proyectó inicialmente titularla *Melancolía*, pero, al final, el editor decidió modificarlo.

La novela es una incitación a la indiferencia, al distanciamiento, a la amotivación, y aunque Sartre se esfuerza en hacer de su escrito el reflejo de un ideario, la realidad es que no puede considerarse una

aportación filosófica, quedando más bien en la expresión de vivencias que, bien podría considerarse un documento psicopatológico.

Nada tiene pues de extraño que Melón dedicara su atención y su tiempo al análisis de esta obra.

En realidad, el contenido de *La náusea* podría ser un anticipo de la personalidad de su autor: un activista padre académico de muchos movimientos terroristas a partir de los años sesenta. En palabras de Camus: un individuo que «intentaba hacer historia desde el sofá», lo que viene a denunciar, una actitud cínica y embaucadora de la juventud, desde el cómodo ambiente del café.

Cualquiera que se adentre en su biografía, entenderá que su estilo de vida permite poner en duda la estabilidad de su personalidad.

Su biógrafa, Annie Cohen-Solal, asegura que solía beber un litro de vino durante las comidas y calcula que la ingesta diaria de estimulantes incluía dos paquetes de cigarrillos, varias pipas de tabaco negro, un litro de alcohol (sobre todo vino, vodka,

whisky y cerveza) 200 miligramos de anfetaminas, quince gramos de aspirina, varios gramos de barbitúricos, además de café y té; durante temporadas tomaba un tubo entero de Coridrina (un medicamento que se retiró en el 1971 por su peligrosidad).

Promiscuo en sus relaciones sexuales, mantuvo sometida a Simone de Beauvoir, creadora del movimiento feminista.

Pese a todo lo anteriormente expuesto no debe constituir impedimento para reconocer que fue uno de los personajes más influyentes en el pensamiento de su época.

Melón analiza, primero, a Sartre como hombre testigo de la ocupación alemana y la experiencia de la Segunda Guerra, lo que le permite autodefinirse como sujeto del compromiso; sin embargo, la realidad muestra una figura controvertida.

La náusea se desarrolla en una semana de 1932, y su trama argumental describe, a través de un diario, los estados de ánimo del Ronquetin, el

protagonista, un individuo solitario que vive en un pequeño municipio francés repartiendo su tiempo entre el restaurante, el café y la biblioteca, empeñado en un trabajo extemporáneo, sin otras relaciones que con «el autodidacta», un personaje de dudosa sexualidad, y dos experiencias de pobre resonancia afectiva.

Recurre al diario como género, en el que vierte algunas reflexiones dignas de consideración. Por lo general, guardan éstas cierto paralelismo con las confesiones de Rousseau, brotando de un intimismo pleno de orgullo y desconfianza. Parece como si ambos autores, con sus triviales divagaciones, no albergaran otra pretensión que facilitar la tarea de futuros biógrafos.

Ronquetín, dentro de su timidez y su marginada sociabilidad, mantiene un alejamiento despectivo del entorno, y sobre todo vive dentro de un sentimiento de transformación de la propia persona acompañado de otros trastornos psicopatológicos que alteran la noción del tiempo.

Lo que Sartre denomina como «náusea» se caracteriza por fenómenos de extrañamiento y despersonalización, con la evidencia de que la razón de tan extrañas experiencias radican en la transformación de la persona.

La descripción que hace Sartre de estos estados se ajusta de forma irreprochable a la fenomenología psiquiátrica, lo que le lleva a Melón a aventurar la hipótesis de que Sartre hubo de sentir tales estados.

Apoyándose en sólidos conceptos psiquiátricos de autores tales como Berze, Gruhle, Maud, Storrington, Jaspers y Minkowsky, y, sin referirse directamente a Sartre, Melón no muestra reparos en afirmar que Ronquetin inaugura su diario bajo la presión de una esquizofrenia de carácter procesual, con la presencia de síntomas primarios y el signo del espejo (P. Abely), que aparece en sus escritos con sospechosa insistencia. Las crisis nauseosas vienen acompañadas de aislamiento, y experiencias de extrañamiento y despersonalización con la evidencia

de que la razón de tan extraños fenómenos radican en la transformación de la persona:

«En el muro hay un agujero blanco: el espejo; lo miro y no puedo apartarme, es el reflejo de mi rostro. Frecuentemente, en estas jornadas perdidas, paso el tiempo contemplándolo. No comprendo nada de mi rostro; los de los otros tienen un sentido; el mío, no.»

Ronquetin no es capaz de vivir el tiempo. Hay una grave alteración de la percepción temporal. Durante la náusea no registra el tiempo como una serie de instantes que se suceden reemplazándose, sino como algo coherente que le envuelve y que lo arrastra hacia el devenir. La noción del tiempo es asimilada en función de conceptos espaciales.

Esta alteración de la afectividad en relación con la temporalidad muestra semejanzas, según Melón, con la descripción que Novoa Santos hizo del sentimiento de la *saudade*, especialmente en una inflación intuitiva del «tiempo vivido»; no así las sensaciones viscerales que se hacen conscientes en *La náusea*, que pueden ser consideradas como una

reacción anómala en la que subyace una pertenencia a una existencia absurda, contingente y gratuita.

Sin menoscabo de la autoridad del escrito de Melón, he de introducir una modesta objeción: la esquizofrenia procesual es un diagnóstico próximo a lo que Kraepelin denominó «demencia precoz», de infausto pronóstico, y de evolución a un grave deterioro, estando descritas otras formas menos severas con el nombre de *psicosis esquizofreniformes o reactivas*, que, aunque comparten ciertas manifestaciones clínicas, carecen de algunos de los síntomas primarios que definen la esquizofrenia. Quizá, pues esta forma de psicosis «endoreactiva» convendría mejor a las vivencias disociativas de Ronquetin, aunque nada podemos añadir acerca de la evolución que habría tenido, la historia clínica de Ronquetin de haberse tratado en realidad de un enfermo.

También cabe la duda de si Sartre habría o no experimentado las mismas o similares vivencias que atribuye a Ronquetin, pues, aunque no poseía práctica psiquiátrica, no era un ignorante en cuanto

a la teoría psicopatológica y psicoanálisis, lo que pudiera haberle servido de armazón o soporte para vestir al personaje.

Su incursión en estos saberes psiquiátricos, ajenos a toda práctica clínica, propiciaron unos postulados que el mismo Sartre calificaría como «análisis existencial», influyendo en no pocos psiquiatras, especialmente aquellos que formarían parte de la corriente antipsiquiátrica.

Se hace, por ello, necesario insistir en que el concepto de análisis existencial propugnado por Sartre no ha de confundirse con el análisis existencial psiquiátrico de Binswanger o de Viktor Frankl, pues, aunque tengan una raigambre común, en Husserl y Heidegger, varían fundamentalmente en su desarrollo. Mientras Sartre injerta algunos mecanismos de psicología profunda en su teoría existencial y de ello pretende obtener consecuencias analíticas, Binswanger se atiene a la clínica, y analiza algunos trastornos psicóticos (fuga de ideas, delirios) desde una actitud diferente a la de Heidegger, interpretándolos como una alteración del «estar en el mundo». Más que la existencia

fenomenológica del yo aislado, a Binswanger le interesa el «encuentro», la fusión del yo y del tú, constituyendo el «nosotros».

* * *

«Moratín por dentro» fue publicado en 1964 en *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, instituida por el Ayuntamiento de Oviedo en la Universidad de Oviedo.

La abundante bibliografía sobre Moratín ofrece un retrato del personaje cuyas descripciones, desde el punto de vista caracterial, resultan imprecisas, para poder establecer un juicio patobiográfico.

Marañón confiesa que lo que más le interesaba de Moratín era su impenetrabilidad. «Creo, nos dice, que su personalidad es un misterio».

Menéndez Pelayo, nos dice: «Moratín no conoció jamás al mundo, ni hizo esfuerzo por estudiarle, sino que solitario, huraño y retraído, hombre bueno y generoso en el fondo, pero desconfiado y de difícil acceso, vivió con sus libros y

con muy pocos amigos y no parece haber sentido indignación contra otra ninguna cosa sino contra los malos dramaturgos y las perversas comedias.

»La sobriedad del estilo de Moratín se parece algo a la sobriedad forzada del que no goza de perfecta salud ni tiene sus potencias integra».

Lázaro Carreter: lo califica de «introvertido sentimental».

Melón al iniciar su trabajo, asume un desafío personal, y pone de relieve las dificultades que suponen la lejanía de dos siglos del personaje, pues para un análisis caracteriológico se hace imprescindible la observación directa, de su constitución, su mímica, sus actitudes, sus habilidades, su «tempo psíquico», etcétera y la época, pues no tener en cuenta todos estos factores puede conducir a errores de bulto.

Emprende Melón su hipótesis caracteriológica apoyándose no tanto en la biografía hecha por Manuel Silvela, sino en los propios escritos de Moratín, los viajes, los apuntes autobiográficos, el diario, el epistolario con José Antonio Conde, Paquita

Muñoz, y García de la Prada, y sobre todo apoyándose en la correspondencia que Moratín mantuvo con un amigo íntimo, Juan Antonio Melón, acaso un lejano pariente de don Santiago.

Nació Leandro Fernández de Moratín en Madrid y murió en París a la edad de 68 años. De ascendencia asturiana, su padre, Nicolás, era abogado, y cultivó también la literatura.

De su infancia se sabe que sobrevivió a tres hermanos que fallecieron tempranamente, quedando como hijo único. Sufrió de viruela a los cuatro años, lo que, según sus biógrafos, pudo ensombrecer temporalmente su carácter, antes animoso y alegre.

Destaca tempranamente su habilidad literaria. Jovellanos le apoya y marcha a París como secretario del conde de Cabarrús. Regresa a Madrid, donde publica con éxito algunas de sus obras, y donde tiene el apoyo del conde de Floridablanca y de Godoy. Viaja por Europa, vuelve a Madrid para ocupar el cargo de secretario de interpretación de lenguas. Con la caída de Godoy, y ante la invasión napoleónica, Moratín supo acomodarse a las nuevas

circunstancias obteniendo nombramientos y favores del rey José.

Aunque es tachado de «afrancesado», Julián Marías lo define como «juramentado», lo que hoy podría entenderse como «colaboracionista», ya que, en realidad, su comportamiento no era propiamente ni de afrancesado ni liberal.

Juan Antonio Melón describe a Moratín en la juventud y madurez, en los siguientes términos: «jovial y alegre, presto a gracias, chistes y donaires agudísimos, de modo que su compañía era una continua risa. Imitador cómico de personajes ilustres tales como el abate Guevara de Vasconcelos, Jovellanos o el poeta Huerte o los diálogos de Carlos III con el Conde Losada [...]. En París, noche hubo que me tuvo hasta las tres de la mañana sentado sobre su cama y sin dejar de reír con los graciosos despropósitos que se le ocurrían».

Sus quejas y cambios de conducta guardan cierto paralelismo con las vicisitudes que se ve obligado a vivir por los cambios políticos.

A lo largo de su extensa correspondencia, los rasgos caracteriales más llamativos son: la extraversión y adaptabilidad, el egocentrismo y las reacciones egoistas, la avidez, la inseguridad y la astenia, lo que queda patente en su escrupulosidad en materia de gastos, y una peculiar tacañería, «y digo peculiar —puntualiza Melón—, porque a favor de su egoísmo dejaba su persona libre de ella».

Todos estos rasgos podrían incluirse dentro de lo que Freud consideraría un carácter anal: «la avidez, la tacañería, la minuciosidad, las exageradas tendencias al orden y a la limpieza, y hasta la preocupación por todo lo concerniente al funcionamiento del intestino».

Melón se apoya en Freud, Otto Rank, Adler y los psicoanalistas culturalistas americanos. Horney, Sullivan, y Fromm, para hacer un minucioso análisis acerca del egocentrismo, las reacciones egoistas, las tendencias a la tacañería o a la disipación, etcétera, aunque deja constancia de que todos estos términos, en tanto que rasgos caracteriales, deben estar a salvo

de una valoración que exprese su bondad o maldad desde el punto de vista moral o ético.

Los criterios de introversión o extroversión requieren un soporte doctrinal psicopatológico y Melón recurre sobre todo a la teoría de los tipos psicológicos de Jung.

El extrovertido con su afectividad dirigida al exterior se adapta fácilmente a las exigencias del entorno, mientras que el introvertido, al resguardo de todas las impresiones que procedan del ambiente, pugna por imponerse a la realidad.

Pero tanto, uno como otro condicionarían las funciones fundamentales del psiquismo, tales como el pensar, el sentir, percibir e intuir.

Jung describe el extrovertido reflexivo en los siguientes términos: «En este tipo humano son las formas vitales que dependen del sentimiento las que en primer término son reprimidas: las actividades estéticas, el gusto, el sentido del arte, el cultivo de la amistad, etcétera. Las formas irracionales como las expresiones religiosas, pasiones, etcétera, son a menudo extirpadas hasta su total inconsciencia».

Todo esto se refleja en la conducta, y así la conducta del extrovertido es adaptable, el sujeto se acomoda al objeto, mostrando sintonía con el ambiente, hace fáciles y superficiales amistades, mientras que el introvertido se afirma ante el objeto, sus lazos afectivos se establecen lentamente, aunque suelen ser más hondas y duraderas.

Como vemos, Melón, siguiendo al Moratín de distintas épocas y estancias, a través del epistolario, y siempre apoyándose en tesis autorizadas y vigentes, va describiendo su carácter de extraversión reflexiva, su tendencia al egocentrismo, como actitud compensadora del mismo, sus rasgos de egoísmo (distinto del egocentrismo, en tanto que éste pretende ocupar el centro de interés, mientras que el egoísmo aspira a que el entorno se ponga a su servicio) y su avidez, su obsesión en obtener el mayor beneficio.

Que «Moratín procuraba obtener el máximo rendimiento del prójimo, pero era incapaz de soportar la menor molestia o quebranto en su beneficio» queda reflejado en el pasaje que describe

la visita de Goya a Burdeos en 1824: «llegó en efecto Goya sordo, viejo, torpe y débil y sin saber palabra de francés y sin traer criado (que nadie más que él lo necesita) y tan contento y deseoso de ver mundo». Y apenas unos meses después: «ni sabe lo que le espera, ni lo que quiere; está muy contento aquí... y sin embargo, a veces se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho que hacer; y si le dejaran, se pondría en camino sobre una mula zaína, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas».

Sorprende el retrato que se permite hacer Moratín de Goya, pues como observa Melón, el pintor «no debía estar tan alelado como lo describe, puesto que aquella estancia en Burdeos dio lugar a magníficas obras, entre ellas el retrato de don Leandro que se conserva en el Museo Municipal de Bilbao».

Recopilando lo escrito, Melón concreta: «hasta 1814, en Moratín se acusar rasgos temperamentales propios de un extravertido pensador. A partir de aquella fecha y por un

mecanismo compensatorio se manifiesta su egocentrismo que revista matices egoístas por la naturaleza de sus instintos y las elaboraciones psicoafectivas creadas en derredor de ellos».

Acerca de la vitalidad en Moratín, inicia el capítulo con la cita del Arcipreste de Hita:

Como dice Aristóteles cosa es verdadera
El mundo por dos cosas trabaja: la primera
Por aver mantenenencia; la otra cosa era
Por aver juntamiento con fembra placentera

Para Melón, el núcleo instintivo de Moratín adolecía de un desequilibrio energético de tendencias condicionado por su naturaleza asténica, y que se refleja en su avidez, en su inseguridad, y escrupulosidad en gastos hasta caer en verdadera tacañería. Esto queda reflejado en las minuciosas anotaciones de sus gastos, aunque fueran nimios. En 1822 escribe a su amigo «si algún día te dicen que me he ido a vivir a Astrakan, saca como consecuencia legítima que en Astrakán hay teatro y chocolate».

Su largo epistolario da muestras de que existió un breve periodo en el que se atenúa su

escrupulosidad en los gastos, y cierta liberalidad. Es el periodo que abarca los años de 1797 a 1808.

Alguna circunstancia pudo haber influido en este cambio: por ejemplo, beneficios eclesiásticos, ya que fue ordenado con tonsura en 1796. En 1795-96 vistió Nápoles, Venecia y Polonia. No obstante, en otras ocasiones obtuvo mayores beneficios económicos sin que por ello abandonara o rebajara la circunspección respecto al gasto. Su actitud ante la sexualidad es moralizante en extremo, y de temor al contagio, de lo que se infiere una capacidad exigua.

Melón atribuye este cambio a sus relaciones amorosas con Paquita Muñoz, veinte años menor que Moratín.

Durante esos años compró una casa con finca en Pastrana, una casa en la calle Foncarral, y otra, con jardín, en la calle San Juan. A Pastrana lleva invitadas a Paquita Muñoz y a la madre.

Pese a los reiterados intentos por parte de Paquita Muñoz, Moratín, durante años, rehúye el matrimonio. Dice en 1806: «aquí Paquita y su

madre... consulta sobre el casamiento de Paquita. Yo... testamento... ternezas».

En conclusión, y teniendo en cuenta la patobiografía, Melón considera que la vida amorosa de Moratín fue «pobre y enteca en todos los aspectos. La esfera de lo sexual no podía constituir excepción a su tipología de extravertido pensador y, en consecuencia, a la represión de todo sentimentalismo».

Insiste Melón en que al margen de valoraciones éticas de tipo global, «Moratín vivió con arreglo a las disponibilidades psicosomáticas y ambientales. Ellas le permitieron pasar a la historia como una de las principales figuras literarias del siglo XVIII».

* * *

Los escritos del doctor Melón en la época en la que fueron publicados guardan, en mi criterio, rasgos premonitorios de los trabajos de semiótica y psicocrítica literaria en los que la biografía del autor está contrastada con los contenidos y la evolución de la obra.

El escritor configura los personajes dotando a cada uno de ellos de caracteres, comportamientos, actitudes formando todo un entramado relacional que posibilita una vida en común. Una vez concebido el personaje dispuesto al escenario novelable, todo lo que realiza o deja de hacer encuentra una motivación por y para ello, incluso podrían predecirse reacciones que en su caso son esperables. Esta conducta condicionada, apenas variable, facilita el juego como si de un tablero de ajedrez se tratara. Puede guardar mayor o menor parecido con la conducta del hombre en la vida real, la diferencia vamos a poder encontrarla en que el personaje de la novela responde de forma unívoca a la que el autor le tiene predeterminada. El hombre de la calle, el hombre en libertad, incluso en reclusión, puede mostrar una conducta impredecible. Puede elegir, en una palabra.

En otro orden de cosas, en tanto que la novela es una narración elaborada anclada en una historicidad y un tiempo, se aleja de poder reflejar fielmente la locura, tal como se conoce en la clínica, cuya fenomenología demuestra una negación de lo

biográfico para incurrir en un mundo ahistórico y mítico.

Don Santiago advierte que un análisis caracteriológico no ha de dejarse llevar por un discurso laudatorio, y sobre todo se ha de tener presente que «requiere huir de valoraciones éticas de tipo general».

Es destacable la amplia cultura y la información psiquiátrica de la que, como médico, estaba perfectamente al día.

Ejerció su profesión respondiendo a su vocación, y si su trabajo fue un medio de vida. Podemos afirmar que no estuvo sometido a otras ambiciones de poder, enriquecimiento o de encumbramiento social.

No es difícil deducir que su preparación, su sensibilidad, y el trato diario con los enfermos, fueron factores que hicieron posible la capacidad de análisis que muestra en los escritos que ahora tengo el honor de comentar.

Era un hombre sencillo, jovial y sobre todo independiente, y la independencia de criterio, no

raramente despierta en el entorno una actitud defensiva de negación.

Pero, señoras y señores, los hombres desaparecen, sus obras quedan.

Como compañero, viejo amigo y admirador suyo, siento que al poner a la luz estos escritos rindo un merecido homenaje a un gran psiquiatra ovetense que aunaba a su sólida formación científica una dimensión humanística, lo que en definitiva caracterizó a los verdaderos maestros de nuestra especialidad.

Quiero tener un recuerdo para su hijo, Santiago Melón, profesor de la Universidad de Oviedo, y mi gratitud para su viuda, doña María del Rosario García Navia, hija de Antonio García Oliveros.

He dicho.

José Luis Mediavilla Ruiz